

El misterio de la casa encantada

Libro II de la serie Los Sabuesos de la Transición

·NARRATIVA·

Manuel Alfonseca

El misterio de la casa encantada

·SCHEDAS·

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Salvo usos razonables destinados al estudio privado, la investigación o la crítica, ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, eléctrico, químico, óptico, impreso en papel, como fotocopia, grabación o cualquier otro tipo, sin el permiso preceptivo.

© 2014 de texto, Manuel Alfonso

© 2014 de la edición, SCHEDAS

Edita: SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial, 43C

28005 Madrid

España

Tel.: +34 911264770

ofi@schedas.com

www.schedas.com

Primera edición: 2014

Diseño de cubiertas: MMB

Ilustraciones interiores: MMB

ISBN (impreso): 978-84-942822-8-7

ISBN (EPUB): 978-84-942822-9-4

ISBN (MOBI Kindle): 978-84-943391-0-3

Impresión: CreateSpace



Índice

1. La consulta	7
2. El plan	17
3. Villalba	27
4. Manuela	37
5. Una carta de Vicky a Gonzalo	45
6. Otra carta de Vicky a Gonzalo	55
7. Olvidos de viejos	65
8. Un paseo por la playa	75
9. Cómo terminó el paseo	83
10. Persiguiendo a una sombra	91
11. Una sorpresa ¿agradable?	103
12. La puerta perdida	111
13. La solución del misterio	121
14. Magno, detective	131
15. Una nueva línea de investigación	139
16. La persecución	149
17. Una noche horrible	157
18. Defensa personal	167
19. El final de la aventura	175
20. Reencuentro	185



1

La consulta

Lo que voy a contar ocurrió en el verano de 1976, un tiempo cargado de incertidumbres y de esperanzas. Siete meses antes, después de cuarenta años de dictadura, Franco había muerto, pero aún no se veía claro el camino que íbamos a seguir. Sin embargo, para la gente de la calle, como Gonzalo, mi novio, y como yo, la política era algo secundario. Aunque la seguíamos con curiosidad, había cosas que nos preocupaban mucho más.

—¡Hola, Vicky!

Gonzalo dejó sobre la mesa el libro que llevaba en la mano y se sentó junto a mí, a mi izquierda; no enfrente, como hacía siempre cuando llegaba después que yo a la cafetería donde solíamos quedar. Sorprendida, alcé las cejas y le miré a los ojos, esperando alguna explicación, pero hizo como si no se diese cuenta. Gonzalo es muy teatral, le gusta que las cosas vayan paso a paso, según sus previsiones. Por eso suele sufrir bastante cuando no salen exactamente como había previsto.

Eché una mirada al libro. Lo conocía, yo misma se lo sellé cuando lo sacó de la biblioteca donde yo trabajaba entonces. *El perro de los Baskerville*, la más conocida de las cuatro novelas largas de Sherlock Holmes. Gonzalo se la había llevado el jueves de la semana anterior. Los jueves, cada dos semanas, acostumbraba visitar la biblioteca para renovar un libro o para sacar otro nuevo. Cuando llegó, Doña Carmen, mi jefe, que atendía el mostrador de préstamos, gritó con voz estentórea, rompiendo el silencio sacrosanto que solemos asociar con las bibliotecas:

—¡Vicky! ¡Sal a atender a tu novio!

Desde que supo que éramos novios, lo hacía siempre que llegaba Gonzalo mientras yo estaba ocupada en otra parte. Recuerdo que la primera vez me avergoncé como una tonta. Creo que hasta me puse colorada. Con el tiempo, la broma llegó a resbalarme. Una se acostumbra a todo.

—¿Qué tal el libro? —dije, por decir algo. Sabía que Gonzalo tenía algo entre ceja y ceja, pero no quería preguntárselo. Yo también sé ser teatral cuando me conviene.

—Genial, —dijo. Entonces me fijé en su sonrisa, de oreja a oreja, que al principio no supe explicar.

—¿Por qué estás tan contento? —pregunté, mordiendo el anzuelo.

La sonrisa se hizo más marcada. Entonces tuve una intuición y exclamé:

—¡Ya sé! ¡Han salido las notas!

Unos días antes, Gonzalo se había examinado de selectividad. Estaba muy nervioso, porque necesitaba alcanzar una nota mínima para poder entrar en la escuela de ingenieros, la ilusión de su vida. Bueno, una de sus ilusiones, y no la más importante. La principal, naturalmente, soy yo. El caso es que, al verle tan contento, supuse que lo había conseguido, aunque me sonaba que las notas no se publicaban hasta unos días más tarde.

—No, no han salido, —dijo, poniéndose serio de pronto.

Sentí haberlo mencionado, porque al recordárselo le había quitado la alegría.

—Entonces ¿por qué estabas tan contento? —repetí.

Tardó un poco en contestar, pero la expresión seria desapareció poco a poco, se le iluminaron los ojos y reapareció la sonrisa, aunque muy despacio, como si tuviera que luchar para abrirse paso a través de sus preocupaciones.

—No tiene nada que ver con las notas, —dijo.

—Eso ya lo sé, me lo has dicho.

En lugar de contestarme directamente, empezó a darme explicaciones. Le gusta llegar por caminos tortuosos a las noticias que tiene que dar.

—Anoche me llamaron por teléfono.

Se paró, esperando que yo dijese algo, pero no lo hice. Estaba mosca y quería que fuese al grano. Se dio cuenta y aceleró un poco:

—Era Angustias, la nieta de Patrocinio Rojas.

Noté que se me arrugaba la frente. No me gusta pensar en esa familia. ¡Sufrí tanto con esa aventura...! Gonzalo se dio cuenta de mis sentimientos. Cuando estamos juntos, no me quita ojo y responde al mínimo cambio de mi expresión. Por eso le quiero tanto, porque es muy atento conmigo.

—Llamó para pedir ayuda, —añadió. —Una amiga o pariente suya se ha metido en un lío y necesita consejo.

—¿Qué clase de lío? —pregunté, sospechando lo peor.

—No lo sé todavía. He quedado aquí con las dos para que nos lo expliquen. Quiero que tú también estés presente. Por algo que dijo, creí entender que se trata de fantasmas.

Me quedé sin habla: era lo último que esperaba oír.

—¡Fantasmas! —se me escapó al fin.

—Sí, es una cosa rara. Angustias no quería hablar de ello por teléfono, así que le dije que viniera y nos lo contara en persona. Entonces dijo que su amiga la acompañaría. En realidad, es la amiga, no Angustias, la que tiene el problema y quiere pedirme consejo.

—Y tú, ¿en qué puedes ayudarla?

—No tengo ni idea, pero parece que Angustias le ha hablado muy bien de mí y está empeñada en exponerme su caso.

—¡Ah, ya! Quiere aprovechar tu poderoso intelecto. Siempre has tenido muy buena prensa con esa familia.

Me miró muy serio.

—Ya sé que no te caen bien, Vicky. A mí tampoco. No puedo soportar que te hiciesen sufrir. Por otra parte, hasta cierto punto, estamos en deuda con ellos. Gracias a esa aventura nos conocimos y llegamos a querernos.

—Eso es verdad, —susurré.

—Ahí vienen. ¿Me prometes, al menos, que serás cortés con Angustias?

Levanté la mirada, miré hacia la puerta de la cafetería y las vi. Angustias estaba igual que la última vez que la vi: un poco más alta que yo, bastante más rellenita y con una cara que hacía juego con su nombre. La otra chica era nueva para mí: alta, rubia, de formas exuberantes, lo que León, el hermano de Gonzalo, llamaría *una tía buenísima*. No pude evitar mirar a Gonzalo para ver qué efecto le hacía. El sinvergüenza se dio cuenta. La mirada de ironía que me dirigió me avergonzó un poco, porque me había pillado in fraganti y había sabido leer mis pensamientos, pero al mismo tiempo me tranquilizó: me daba a entender que esa chica no iba a poner en peligro mi felicidad.

Cuando entraron en la cafetería, Angustias miró alrededor para orientarse y en seguida nos localizó. Dijo unas palabras a su amiga, vinieron

hacia nuestra mesa y se sentaron frente a los dos. Entonces comprendí el juego de Gonzalo cuando se sentó a mi lado al llegar, y compartí su decisión. Dos enamorados solos prefieren verse las caras. Cuando están con otras personas, se sientan juntos, formando un frente común, mirando en la misma dirección.

Angustias nos saludó con una simple inclinación de cabeza y nos presentó a su amiga:

—Esta es Diana. Gonzalo, de quien te hablé. Su novia, Vicky.

Diana alzó las cejas y clavó en Gonzalo unos ojos en los que pude leer su escepticismo. Era fácil seguir su razonamiento. ¡Pero si este chico es poco más que un adolescente! Como yo, él iba a cumplir los dieciocho. Diana, en cambio, tendría veintiuno o veintidós. A esa edad, es inevitable sentir superioridad cuando se tienen tres o cuatro años más. Yo misma lo experimentaba alguna vez, respecto a las chicas de catorce o quince.

Angustias se dio cuenta del efecto que le habíamos hecho a su amiga y susurró un momento en su oído. Yo me sentí incómoda, no me gusta que hablen de mí, o de lo que considero mío, en mi presencia, pero en cierto modo a mis espaldas. Diana se encogió de hombros, se repantigó en la silla, encendió un cigarrillo y pareció aguardar acontecimientos.

Antes de pasar al asunto que nos había reunido, Gonzalo llamó al camarero y cada uno eligió

la consumición. Nosotros pedimos lo de siempre, una coca cola y una fanta. Angustias pidió un café, pero su amiga no se anduvo con chiquitas: encargó unas tortitas con nata y un chocolate con churros. Vi que Gonzalo se ponía serio y comprendí que tenía miedo de tener que pagar la cuenta, pues no andaba muy bien de fondos. Pensé que solo faltaba que le pidieran consejo y después le sacaran el dinero, pero naturalmente no dije nada en voz alta. Miré a Angustias significativamente, pero no se dio cuenta, o hizo como si no se la diera. En cuanto nos sirvieron, Diana tomó el tenedor, cortó un pedazo de torta, lo embadurnó cuidadosamente en nata y se lo metió en la boca. En cuanto lo tragó, me miró directamente y dijo:

—Tenía hambre. No había desayunado.

Angustias se sofocó y comprendí que trataba de contener la risa. Luego dijo:

—Creo que será mejor que entremos en materia.

—Yo también lo creo, —dijo Gonzalo.

Diana movió la cabeza, volvió a encogerse de hombros y empezó a hablar.

—Sí, supongo que soy yo quien tiene que dar explicaciones, puesto que esta reunión se hace por mí causa. Veréis: hace unos meses murió una tía abuela mía, hermana de mi abuelo paterno, una mujer muy vieja, que llevaba varios años con la salud deplorable. No tuve nunca mucha

relación con ella, aparte de verla de cuando en cuando, no más de una vez al año, pero parece que yo era su pariente más próxima. El caso es que mi tía había hecho testamento y me dejó a mí todo lo que tenía.

—Enhorabuena, —dijo Gonzalo, y añadió: — junto con mi más sentido pésame.

—Gracias, —repuso Diana, y continuó: — Entre las cosas que pasaron a mi posesión, lo que más ilusión me hizo fue una casa en Villalba, en la provincia de Huelva, a pocos kilómetros de Ayamonte, de Isla Cristina y de una de las mejores playas de España. Lo sé muy bien, he estado allí. Hace un mes me llegaron las escrituras. Desde entonces he estado preparándome para pasar allí este verano unas buenas vacaciones.

—Que aproveche, —dijo Gonzalo.

—Otra vez gracias. Sea como sea, y aquí llegamos al motivo de esta reunión, la semana pasada recibí una carta. —Abrió el bolso, rebuscó en su interior y sacó un papel. —Aquí está. Leedla, por favor, —añadió, alargándosela a Gonzalo.

Gonzalo desdobló la carta, alisó el papel cuidadosamente y lo colocó de modo que yo pudiera leerla al mismo tiempo que él. Estaba escrita a máquina y decía esto:

*Señorita Diana Márquez, calle tal número
cuál, Sevilla.*

Le escribo en relación con la casa de Villalba que acaba de heredar. He sabido que tiene intención de ocuparla. No se lo recomiendo. Esa casa está encantada. Quien se atreva a vivir en ella se expone a toda clase de sucesos espeluznantes y catastróficos. Le recomiendo que se olvide de la casa y que procure no poner pie en Villalba.

Sinceramente suyo,

Un amigo